



HOMILÍA DEL OBISPO FERNANDO VALERA

EUCARISTÍA CATEDRAL. DOMINGO XIII

Queridos hermanos y hermanas en el Señor, queridos televidentes que nos acompañáis a través de la TVCyL., especialmente los mayores y los enfermos.

Hoy retomamos las celebraciones litúrgicas de esta Santa Iglesia Catedral del Salvador de Zamora, este lugar donde late el corazón de esta Diócesis. Hoy nos dejamos empapar por la frescura de la Palabra -en medio de esta ola de calor-. San Mateo nos pone ante el espejo del discurso misionero de Jesús que expresa esa verdad que sacude nuestras rutinas y despierta nuestro amor: es la urgencia de redescubrir ese vínculo con Jesús y la belleza de la sencillez que es encuentro vivo que quema las entrañas.

El Evangelio es radical: “El que ama a su padre o a su madre más que a mí, no es digno de mí”. Son palabras fuertes, no se trata de que Jesús nos quiera desapegados o fríos, ¡al contrario!

El Señor bendice el afecto de una madre, la ternura de la familia, los lazos de nuestra tierra. Lo que Jesús nos pide es que no antepongamos nada a Él, porque solo cuando Jesús ocupa el centro del corazón, nuestros amores humanos se purifican y se vuelven más verdaderos.

Ser uno con Jesucristo. Es el vínculo que nos vuelve transparentes. Ya no nos llevamos a nosotros mismos, no vendemos nuestras ideas o proyectos, llevamos el “buen olor de Cristo”, el rostro de la misericordia del Padre. Esto nos hace hombres y mujeres honestos, que evitan el peligro de tener un “corazón con doblez”, con un pie en la lógica del Evangelio y otro en el espíritu del mundo. Así, se rompe la comunión y se apaga la fuerza de la misión.

No es perfección absoluta lo que nos pide el Señor, Él conoce nuestra debilidad, sabe que somos una iglesia de barro y límites. Lo que Jesús nos pide es humildad para reconocer el error y un corazón sencillo.

Un corazón unificado, que busque a Dios con honestidad. Es la lógica de ir adquiriendo la forma de Cristo, que a través de nosotros se transparente la luz del resucitado.

Es la belleza del santo pueblo fiel de Dios, es ese “vaso de agua fresca” dado con amor, lleno de fe, es eso que nos ayuda a ser santos. Es la tarea de anunciar el evangelio que pertenece a toda la comunidad.

Cuando somos capaces de dejarlo todo por Jesús, se reconoce en nosotros al Señor. “El que os recibe a vosotros, me recibe a mí” (Mt 10,40). Cuanto más cerca estamos de Jesús, más amamos a nuestro pueblo; y cuanto más cerca estamos de nuestro pueblo, más tocamos las llagas abiertas de Jesús.

Hoy especialmente ponemos ante el Señor las consecuencias del terremoto de Venezuela, los que han muerto, los desaparecidos, los heridos, todos los que buscan a sus seres queridos... Esta es una llaga que sangra en la solidaridad de todos.

No caminamos solos, avanzamos unidos como Iglesia, nos sostenemos en los sufrimientos, en las alegrías, en el cansancio y en la esperanza: “El que encuentre su vida la perderá, y el que pierda su vida por mí, la encontrará” (Mt 10, 39).

Miremos a María, miremos esa bella imagen de la Virgen de la Majestad, esculpida en piedra. Ella sabía que Jesús lo era todo. Ella se dejó conducir por la lógica de la fe: “hágase en mí, según tu Palabra”. Le pedimos que nos conceda la gracia de ser libres, alegres y auténticos misioneros del Evangelio. Qué seamos verdaderos discípulos, que cuando la gente se cruce con nosotros, pueda decir: “Este hombre, esta mujer, verdaderamente vive en lo cotidiano la llamada a “tomar la cruz” y servir a los demás, incluso en los gestos más sencillos”.

Dios os bendiga.